Hno. Mauro Jöhri

# La señal de Navidad

Carta de Navidad 2007

Curia General, Roma 2007

Queridos hermanos:

Ante la inminencia de la fiesta de Navidad me dirijo a vosotros por medio de estas pocas líneas. El primer año de mi servicio me ha permitido visitar muchas circunscripciones de nuestra Orden y encontrarme con muchos de vosotros. Estoy muy lejos de haberme encontrado con todos. Me consuela el hecho de que estamos sólo al comienzo del sexenio. Para tratar de suplir esta falta elijo el medio de una carta para llegar a cada uno de vosotros y desearos una feliz Navidad. Pero al mismo tiempo aprovecho la ocasión para presentaros también alguna pista de reflexión considerando el rico mensaje que encierra esta fiesta.

## Un niño acostado en un pesebre

«No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor»[1]. El anuncio que los ángeles dan a los pastores es solemne, muy bello, pero ¿cómo podrán los pastores encontrar y reconocer al Salvador? Los mismos ángeles ofrecen la solución, pues anuncian a los pastores que lo reconocerán por una señal: «Encontraréis un niño envuelto en pañales y *acostado en un pesebre*»[2].

Hasta tres veces recuerda el evangelista Lucas el hecho del niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. En primer lugar para decirnos que María, cuando se cumplieron para ella los días del parto, «dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y *lo acostó en un pesebre*». Y esto había ocurrido en una gruta, en un refugio de animales porque para ellos no había sitio en la posada[3]. El gesto realizado por María, natural y lleno de ternura, se convierte también en la boca de los ángeles en la señal que permitirá a los pastores encontrar y reconocer al Salvador[4]. El evangelista nos dice finalmente que todo esto se cumplió: «Fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre»[5].

[1] Lucas 2, 11
[2] Lucas 2, 12
[3] Lucas 2, 6-7
[4] Lucas 2, 12
[5] Lucas 2, 16

## La contemplación admirada de San Francisco

¡Un niño acostado en un pesebre, todo lo contrario de un palacio real o un templo! ¡Qué extraña es esta elección del Salvador de venir a "nuestro" mundo en un lugar tan modesto y tan poco llamativo! San Francisco fue siempre consciente de esto y por ello estuvo siempre profundamente impresionado y admirado. En la *Carta a todos los fieles* se expresa así: «Esta Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, fue anunciada por el mismo Altísimo Padre desde el cielo, por medio del santo ángel Gabriel, [y vino] al seno de la santa y gloriosa Virgen María, en el que recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad»[6]. Su estupor se convierte luego en conciencia de algo más grande y prosigue así: «Y, siendo sobremanera rico, quiso escoger la pobreza en este mundo, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre»[7].

Tomás de Celano nos da a conocer en la *Vita Secunda* cuáles eran los sentimientos de Francisco el santo día de Navidad: «No recordaba sin lágrimas la penuria que rodeó aquel día a la Virgen pobrecilla. Así, sucedió una vez que, al sentarse para comer, un hermano recuerda la pobreza de la bienaventurada Virgen y hace consideraciones sobre la falta de todo lo necesario en Cristo, su Hijo. Se levanta al momento de la mesa, no cesan los sollozos doloridos, y, bañado en lágrimas, termina de comer el pan sentado sobre la desnuda tierra»[8].

Cuando hizo preparar el pesebre en Greccio, Francisco lo hizo con una finalidad clara: «Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno»[9]. No se limita sólo a pensarlo, sino que recurre a la representación visual, tiene un deseo ardiente de penetrar en la grandeza del misterio de Jesucristo, que «siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza»[10].

[6] 2 Carta a los Fieles: FF 181
[7] 2 Carta a los Fieles: FF 182
[8] 2 Celano 200: FF 788
[9] 1 Celano 84: FF 468
[10] 2 Corintios 8, 9

## La elección de lugares pobres

El Omnipotente, el Altísimo y el Sumo Dios ha elegido venir entre nosotros con la señal de la simplicidad y de la precariedad. El Hijo eterno de Dios ha nacido en condiciones de extrema pobreza, renunciando a toda referencia a una pomposidad deslumbrante. Hay que decir también que permaneció fiel a esta elección a lo largo de toda la vida. De no haber sido así, ¿cómo hubiera podido afirmar de sí: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros, nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza»?[11].

Francisco fue radical al aplicar exteriormente la precariedad de la familia de Belén. En el Testamento, al final de su vida, amonesta a sus frailes con respecto a las moradas que se les construyan: «Guárdense los hermanos de recibir en modo alguno iglesias, pobrecillas moradas y todo lo que para ellos se construye, si no es como conviene a la santa pobreza que prometimos en la Regla, hospedándonos siempre allí como extranjeros y peregrinos»[12].

Cuando fue necesario, según el episodio que conocemos, subió al techo de una casa construida junto a la Porciúncula para albergar a los frailes durante el capítulo «y con mano ágil arrancó tejas y ladrillos»[13]. Era demasiado vistosa y, si se permitía, podía inducir a los frailes a tomarla como ejemplo. La mayor parte de nosotros tiene ante los ojos la simplicidad de los lugares y de los eremitorios franciscanos de Asís o de fuera de Asís. ¿Quién de nosotros no se ha conmovido por la gran sobriedad de San Damián, del eremitorio de las Cárceles o el de *Le Celle* de Cortona? Es evidente hasta dónde se inspiraba Francisco en la señal de Belén y en la vida pobre llevada por nuestro Señor y por su Madre para traducirla en su propia vida.

## La reforma capuchina

A su vez, los primeros capuchinos trataron de ser fieles a las opciones del seráfico Padre y se dieron una legislación detallada y precisa en lo referente a construcciones, objetos sagrados y cotidianos, y también por lo que respecta a las reservas de alimentos. Las primeras Constituciones de 1536 afirman a propósito de nuestras casas: «Gran diferencia ha de haber

[11] Lucas 9, 58
[12] Testamento 24: FF 122
[13] 2 Celano 57: FF 643

entre los grandes palacios de los ricos y los pequeños tugurios de los pobres mendicantes, peregrinos y penitentes»[14]. Esto valía también para las iglesias, que debían ser pequeñas, pobres y limpias. No valía la excusa de que había que tenerlas más grandes para poder predicar, porque sóolo contaba la predicación del ejemplo.

Quedo siempre muy impresionado cuando tengo ocasión de entrar en una iglesia nuestra «de las de antes». ¿Qué encuentro en ella? Altares de madera y suelos de ladrillo o de piedra local muy sencilla. Ciertamente no encuentro en ellas ni mármol ni oro ni plata. Y sin embargo el uso de materiales pobres no ha impedido a nuestros frailes construir iglesias estéticamente bellas. Por ello me atrevo a decir que la pobreza y la simplicidad no se oponen a la belleza. Estos lugares tienen el valor de ser signos identificadores claros. Son indicio de un estilo que era y debería ser el nuestro.

Escribía a este respecto Giovanni Pozzi, un hermano de mi Provincia: «El rasgo exterior que caracteriza el ascetismo capuchino es la búsqueda de la precariedad más extrema, manifestada a través de los medios elementales de subsistencia: en el ámbito de la calidad, elige los más despreciables; en el de la cantidad, se reduce a lo indispensable; en el del uso, renuncia al tener»[15]. Reducir lo más posible la dependencia de las cosas significaba la opción radical de estar en todo y sobre todo en las manos de Dios. En esto habían conservado ciertamente como San Francisco el sentido del signo y de un signo fuerte. La renuncia y la privación, así como la elección de lo mínimo necesario no tienen sentido si no remiten a una realidad de otro tipo, inmensamente más rica: a Dios mismo, dador de todos los bienes.

## Tradición viva

Nuestra legislación actual ha permanecido fiel a esta corriente y, al menos en los textos, continúa corroborando que «debemos vivir en casas humildes y pobres, hospedándonos siempre en ellas como extranjeros y peregrinos»[16]. Las Constituciones actuales dedican a esto todo un

[14] *I frati Cappuccini*. Parte 1, 262
[15] G. Pozzi, *L'identità Cappuccina e i suoi simboli,* en *I Cappuccini in Emilia Romagna. Storia di una presenza,* Bologna 2002, 48
[16] Constituciones 68,1

artículo que tiene este título: «Pobreza en nuestros edificios»[17]. Entre las motivaciones hay un aviso que en cierto modo remite a la situación de Belén: «Dispónganse las viviendas de tal modo que a nadie puedan parecer inaccesibles, sobre todo a los más humildes»[18]. Los primeros en ir a Belén para ver al Niño fueron, en efecto, los pastores, personas sencillas, que desde luego no solían ir a los palacios.

De aquí debería nacer un profundo respeto por los lugares y los objetos que testimonian esta tradición nuestra. Museos, bibliotecas y archivos son, si aprendemos a dirigir la mirada a tantos pequeños detalles, un signo que nos lleva a comprender cómo nuestros frailes se las han ingeniado para dar un rostro concreto a nuestra elección de la pobreza. Me limito a recordar la antigua práctica de marcar los libros usados por los frailes con la indicación: «a simple uso de fray…».

Recientemente, el último CPO, el séptimo, nos ha llamado a volver a estas cosas y se ha expresado con palabras que invitan a lo concreto: Nuestras «estructuras deberán ser sencillas, flexibles, de moderado volumen, lejos del dominio, del dinero, del prestigio. El hermano menor sabe vivir en la provisionalidad». Y después de haber enunciado el principio, la proposición número veintisiete interpela a todos de modo directo: «Interroguémonos concretamente sobre las estructuras de las que somos propietarios: iglesias, conventos, jardines, obras de arte. Preguntémonos si el uso que hacemos de ellas está conforme con nuestra vocación de menores e itinerantes. Cuando tales bienes sean superiores a las exigencias de la fraternidad o absorban un cuidado exagerado, estudiemos soluciones para reconvertirlos en finalidades útiles a la Iglesia, a los pobres y a la sociedad».

## Fieles a nuestro estilo de vida simple y austera

En esta Navidad os invito, queridos hermanos, a redescubrir el sentido de nuestro estilo franciscano capuchino, sobre todo en lo que respecta a nuestras casas y a los objetos que usamos. Se trata ante todo de una invitación a dirigir una mirada llena de admiración al pesebre y a los sencillos lugares de nuestra tradición. No os pido que lo hagáis para pasar a una imitación formal, sino para comprender el espíritu que ha animado a Francisco y a nuestros frailes en sus opciones. Quisiera que su modo de conjugar la belleza con la simplicidad y la pobreza se convirtiese también

[17] Constituciones 68-70
[18] Constituciones 68,2

hoy en fuente de inspiración para todo lo que realizamos ahora. No lo digo únicamente para cuando tengamos que construir nuevos lugares, sino también para cuando hemos de decidir cómo adornar nuestras iglesias, los lugares donde rezamos y donde la fraternidad vive cotidianamente, se encuentra, se alimenta o descansa.

La invitación a revisar nuestro estilo de vida la ha pedido el séptimo CPO también cuando afirma que debemos aspirar a una solidaridad efectiva, «evitando gastos inútiles, exagerado uso de coches y otros medios de la tecnología moderna, cuestionándonos si efectivamente lo que tenemos es esencial para la misión que deriva de nuestro carisma»[19].

Querido hermano, del plural paso ahora al singular; no es un error. Quiero expresar que mi deseo es dirigirme a cada uno personalmente: te invito a que mires detenidamente tu habitación, para que puedas decidir lo que más te acerque a nuestro ideal de pobreza. No tengas miedo de liberarte de lo que no te hace falta. No te lo digo para causarte malestar. Quisiera que te pusieses sobre las huellas de nuestro Señor, el cual eligió para sí un estilo de vida extremadamente sobrio. Quisiera también que descubrieses de este modo el sentido profundo que está encerrado en «esta señal». Es el de ser una llamada continua a la venida inminente del Señor de la gloria. El fruto de este ejercicio consistirá en adquirir una libertad profunda. Gustarás un gozo sin igual y te asociarás a la alabanza de la legión del ejército celestial que decía:

«Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que Dios ama»[20].

Deseándote de corazón una feliz Navidad, te deseo que estés profundamente colmado del estupor y de la alegría de los que está tan lleno el relato de Lucas. No tengas miedo de compartir tu alegría con los miembros de tu fraternidad. En alabanza de Jesucristo…

Roma, 8 de diciembre de 2007.

Hno. Mauro Jöhri,
Ministro General OFMap

[19] CPO VII 26.
[20] Lucas 2, 14